

Prólogo.

En mi juventud fui niponólogo y poeta

Durante una época, de joven licenciado universitario veinteañero, me sentí niponólogo y a serlo le dediqué varios años de mi vida, los años de realización de mi tesis doctoral. Eran los tiempos finales del franquismo, y en mi decisión de trabajar sobre las relaciones entre españoles y japoneses en el periodo moderno (siglos XVI y XVII) estaba un deseo muy íntimo de salir de donde me encontraba; un “quiero salir de aquí”, como decía un verso de un amigo poeta recién desaparecido, Carlos Oroza, y en aquel deseo de escapar lejos, a las antípodas a ser posible, hasta al lejano oriente como era el Japón, por ejemplo, en mi caso personal, se adivinaba una necesidad acuciante de abandonar la España nacional-católica franquista de la que me sentía prisionero y la necesidad de ruptura con aquella realidad que me obsesionaba y aturdía. Ese deseo de huida en lo personal e intelectual lo canalicé hacia la inmersión en el mundo del lejano oriente, por un lado, que cristalizó en mi tesis doctoral sobre “Relaciones entre España y Japón, 1580-1614”, que terminé en la primavera de 1971 y defendí en la Universidad Complutense de Madrid en mayo de 1972, y por otro en la escritura de poesía, que cristalizó en un libro de versos, *La isla*, que terminé por esos años también y que apareció como accésit del premio Adonais de poesía del año 1974. El Japón como investigación histórica y el libro de versos sobre mi experiencia vital en Ibiza y Formentera, en la época dorada del hipismo (con el prestigio de las filosofías orientales y el zen, por ejemplo) como ventanita hacia el exterior de la España nacional-católica franquista, fueron mi respuesta personal más íntima a ese deseo de proyección hacia el exterior. Por ello puedo decir que fui niponólogo y poeta en mi juventud, y ambas dedicaciones intelectuales y artísticas fueron clave para mi salud mental, de alguna manera.

En mi elección de estudiar el Japón desde la perspectiva de los españoles del siglo de Oro me influyó también la amistad de un compañero de estudios juveniles, Hidehito Higashitani, que luego tuvo una brillante y larga carrera de hispanista en Japón como docente, traductor, divulgador televisivo y rector de la Universidad de Kobe, de cuya amistad me honro hasta hoy día. Pero mi impulso de joven doctorando tenía muchas dificultades técnicas e intelectuales para poder desarrollar ese

Dr. Emilio Sola

Historiador, profesor de la Univ. de Alcalá, ex-profesor en la Univ. de Orán, Argelia, en la Univ. Autónoma de Madrid y en la Univ. Complutense de Madrid. Director del Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales y coordinador de la web Archivo de la Frontera.

Como historiador, trabaja sobre asuntos fronterizos y de información en la época de Cervantes, tanto en el Mediterráneo —*Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II* (1995) y *Los que van y vienen. Información y fronteras en el Mediterráneo clásico del siglo XVI* (2005)— como en Extremo Oriente —*Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614* (1999). Novelista —*Los hijos del agobio*, premio Café Gijón 1984, y *El paraíso de las islas* (1993)— y poeta —*La isla* (1974)—. En los años de la llamada “transición” coordinó experiencias culturales multidisciplinares desde el bar La Vaquería de la calle de la Libertad y la editorial La Banda de Moebius.

campo de investigación, como el conocimiento de idiomas –era básico, al menos, el conocimiento del inglés y el japonés para ampliar esos estudios iniciales– y la carencia casi absoluta de ayudas económicas para postgraduados en una especialidad tan exótica como era la niponología. Las áreas de conocimiento más próximas estaban relacionadas con la historia de América y las Filipinas, como apéndice secundario del mundo colonial hispánico, pero a finales de los años sesenta y principio de los setenta del siglo XX el vacío para estudios extremo-orientales era absoluto y yo mismo no era ni hábil ni fuerte para crear estructuras universitarias que no existían. A todo más, existía la Asociación Española de Orientalistas, pero era pura misionología y poco más.

Así las cosas, me di cuenta de que los límites de mi investigación eran claros: sólo podía aproximarme a la percepción que los españoles (y portugueses, o los europeos en general) se habían hecho de los japoneses en aquel momento de los primeros encuentros y contactos, y nada más. Eso sí, ese primer contacto había generado una tal cantidad de documentación en España que era una maravilla el corpus literario que se podía estudiar, y esa era, sin duda, una primera fase de investigación que había que cubrir y, sobre todo, desgajar de la vieja misionología que veía todo en clave de evangelización y sometimiento de infieles a nuevas leyes lejanas y ajenas a su propia realidad. La rica literatura misional era una rama más de la literatura europea colonial, y de las más ricas al ser precisamente los eclesiásticos los que habían sido formados en la España del momento como hombres de letras, como escritores más profesionales. En la búsqueda de escritores laicos o no eclesiásticos se podían encontrar cada vez más piezas literarias importantes, como la relación de Ávila Girón del Escorial, por ejemplo, texto de un comerciante exiliado en Japón, o las relaciones de escribanos de galeones o los escritos de Rodrigo de Vivero, por poner sólo unos pocos ejemplos notables, pero seguían primando las historias de las diversas órdenes religiosas con intereses misionológicos sobre todo. También estaban los grandes procesos que se podían generar por conflictos fronterizos, ya comerciales ya diplomáticos, y en general toda la literatura generada por la administración de la monarquía hispánica, de una gran riqueza y cierta uniformidad a lo largo de los siglos modernos.

De ese primer contacto amplio con la rica documentación archivística española moderna para Extremo Oriente, me surgió la idea de tipificar toda esa literatura colonial europea como literatura de avisos, literatura de la información o literatura de la frontera. Los “avisos de Japón” de los jesuitas estaba claro que habían generado todo un género literario muy específico, en principio información reservada para ellos mismos, luego cada vez más información de interés general. Las fronteras coloniales eran espacios geográficos privilegiados para que surgiera esa literatura sobre el otro, que llegaba a Europa en cantidades ingentes a medida que el hecho colonial se amplificaba a todo el mundo, y una literatura que tenía un verdadero género propio como más adecuado para expresarse, que era la “relación”. La “relación de cosas que pasan en el mundo”, como se lo denominaba en ocasiones, y que pasaba a convertirse en “aviso” para el poder central metropolitano, en información para que ese poder central pudiera disminuir la incertidumbre a la hora de la toma de decisiones. En el fondo, todo el estado moderno está siendo estudiado en estos momentos como un gran centro de captación, control y sistematización de información, y en ese juego la monarquía hispánica –como el papado– fue en el siglo XVI una precursora excepcional, con esa culminación que es la época de Felipe II, rey de España y Portugal al mismo tiempo. Hay un libro reciente de A. Brendecke (2012), con el significativo título de *Imperio e Información* que puede resultar ilustrativo al respecto.

Fue precisamente un autor extremo-oriental, Liu Xie, un chino de la época Tang, traducido por A. Relinque Eleta (*El corazón de la literatura y el cincelado de dragones*, Granada, 1995), quien me sugirió la necesidad de abordar la literatura de la administración del estado como un género literario específico; y dentro de ella, la literatura de la frontera como literatura de la información

o literatura de avisos, con lo que toda nuestra riqueza archivística clásica sobre Extremo Oriente y Japón podía ser abordada desde esa perspectiva. De alguna manera también, la literatura de los espías y del espionaje.

Que es a lo que ahora me dedico, principalmente, como historiador, y de vuelta a áreas geográficas más próximas a los centros de decisión de la monarquía hispánica, al mundo mediterráneo. En las fronteras mediterráneas clásicas del XVI, sobre todo la frontera Habsburgo-Otomana o islamo-cristiana, se dan los mismos fenómenos fronterizos generadores de necesidad de información sobre el otro, y por ello generadores de esa literatura de la frontera o de la información, que en las lejanas fronteras extremo-orientales asiáticas como las de Japón. Aunque el volumen documental generado es muchísimas veces mayor precisamente por esa proximidad a los centros de poder europeos, en esos momentos clásicos básicamente Madrid y Roma.

En este sentido, el Mediterráneo considerado como la frontera más íntima de Europa, a la vez que la mayor área geográfica del mundo en ese momento captadora de información –nuestro siglo de oro–, que está en la base de la gran expansión colonial europea moderna, pudo ser concebida precisamente por la constatación de que las relaciones hispano-japonesas a través del extremo oriental del imperio que eran Manila y Macao eran los límites de una expansión imperial europea que hacía llegar a los centros de poder mediterráneos la información necesaria para controlar aquellas tierras extra-europeas y, al mismo tiempo, permitir el surgimiento de nuevos conocimientos en Europa que hoy llamaríamos niponología o sinología o similares; cuyos primeros representantes serían esos españoles y portugueses protagonistas de estos contactos clásicos que aparecen en nuestros archivos históricos y con constituyen el legado cultural y literario más vivaz e inédito de nuestra cultura clásica.

En esa potente expansión imperial que abre al conocimiento de Europa culturas tan lejanas como la china o la japonesa, la crisis del siglo XVII la alcanza con igual intensidad en las lejanas fronteras extremo-orientales como en las más próximas mediterráneas, y el fracaso de las relaciones hispano-japonesas a partir de 1614 es la constatación más dramática y llamativa. En fin, elementos básicos para una posible historia global, posible precisamente a partir de ese siglo de oro de la monarquía hispánica de cuyo rico legado literario aún hoy vivimos los modernistas.

Emilio Sola, enero de 2016